

Scott MEIKLE: *El pensamiento económico de Aristóteles*, trad. Gonzalo J. Suárez Prado, revisión técnica de Carlos J. MacCadden M., corrección de Mauricio López Noriega, México: ITAM 2008, 227 pp.

Hablar sobre un pensamiento económico clásico es un atrevimiento. La ortodoxia de la filosofía académica sugiere no rastrear una veta económica en los pensadores griegos. Incluso, se ha optado por términos escurridizos, como *protoeconomía* o *economía primitiva*, para darle la vuelta al problema. La verdad, sin embargo, es otra. En Platón y, específicamente, en Aristóteles aparece ya el germen de lo que hoy se entiende por economía. Es injusto, y hasta absurdo, acercarse a estos autores a través de las categorías económicas actuales. Términos como inflación, libre mercado, macroeconomía son hechizos modernos. Eso no quita, empero, que en la filosofía aristotélica, principalmente, se discuta sobre cuestiones económicas más elementales. Y no es descabellado encontrar vestigios clásicos en la economía contemporánea.

Es importante apuntar que en Sócrates existe un primer pensamiento económico, aunque burdo y con una fuerte impronta ética. En el *Protágoras*,¹ diálogo de juventud, Platón pone en boca de Sócrates una interesante teoría sobre la acción basada en lo que se ha denominado “el arte de la medida”. Dicho arte, en términos generales, consiste en un simple *cálculo* de placeres. Para Sócrates es necesario ponderar las acciones, medirlas, ponerlas en su justa medida, en una linealidad antes de actuar. La decisión errónea, no es incontinencia, sino falta de ponderación, medición. El hombre no es la medida de todas las cosas. Hay que aprender a medir porque, de lo contrario, lo cercano nos parece grande, y lo lejano pequeño. Ciertamente el arte de la medida socrático poco tiene que ver con una ética utilitarista en la que el criterio de acción es un pensamiento al modo de costo-beneficio. Sin embargo, en el arte de la medida se barrunta una idea más sofisticada en la que el placer más próximo, inmediato, se antoja como más *valioso* que el bien futuro. En cualquier caso, el socratismo moral es un buen analogado con el pensamiento económico; y lo heredará no sólo Platón, sino también, el mis-

¹Prot. 353c-359a.

mo Aristóteles. El arte de la medida es el pronóstico económico para los placeres y bienes. Cuando los seres humanos actuamos racionalmente hacemos un cálculo sobre los medios que nos conducen al fin que nos hemos propuesto. La tradición escolástica, siguiendo de cerca al de Estagira, vinculó este proceso con la virtud de la prudencia.

El pensamiento económico de Aristóteles, libro escrito por Scott Meikle y editado por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), es un recorrido a través del *corupus aristotelicum* que reúne las pistas más importantes de su pensamiento económico. El libro consta de nueve capítulos perfectamente engarzados. Cada capítulo es el estudio detallado de los fragmentos económicos más importantes en el pensamiento de Aristóteles. La *Ética Nicomaquea* y la *Política*, como habría de esperarse, reúnen prácticamente todos los pasajes. Meikle, sin embargo, teje fino y no aborda los textos como una unidad, antes bien, desgrana y macera pacientemente los pasajes.

Así, por ejemplo, los primeros dos capítulos se ocupan de un mismo libro de la *Ética Nicomaquea*, el quinto. Esto no resulta en capítulos redundantes, ni mucho menos idénticos. Por el contrario, cada uno ofrece una lectura distinta del mismo libro haciendo hincapié en diferentes aspectos de su contenido económico. El primero se avoca al tema del “valor de cambio”: “Aristóteles divide lo que nosotros llamaríamos ‘valor económico’ en dos partes, valor de uso y valor de cambio” (p. 15). La distinción, como apunta Meikle, no es trivial. El valor de uso, refiere al valor que el objeto posee en virtud de su utilidad para realizar el propósito para el cual está destinado. El valor de cambio, a su vez, no se refiere tanto a las propiedades naturales del uso, cuanto a la posibilidad de intercambiar un objeto por dinero u otros bienes (hecho sistemáticamente según las leyes del mercado). Lo que hace esta primer distinción es reconocer dos consideraciones distintas en cualquier concepto económico fundamental: los términos de *riqueza* e *intercambio*, afirma Meikle, sufrirán también esta bipartición en su definición.

El llamado valor de cambio, pues, dio pie a un pensamiento económico enfocado al fenómeno del intercambio sistemático, *i. e.*, del mercado. Scott Meikle pronto hace notar que los pronunciamientos aristoté-

licos rebasan el ámbito ético y se sitúan, claramente, en una mentalidad económica determinada. Al menos así ocurre cuando Aristóteles se pregunta por la equidad en el intercambio y rechaza la postura pitagórica que la concebía como la simple reciprocidad. La reciprocidad, corrige el de Estagira, ha de ser con base en la proporción y no en la equidad. Dicho en otros términos, la justicia en el intercambio económico no es dar y recibir a tandas iguales, sino proporcionalmente. El asunto se sigue jugando en términos cuantitativos —a pesar de que algunos comentaristas piensen que se cuele una noción de *calidad* de los productos. Sin embargo, no es lo mismo intercambiar un kilo de vid por un kilo de aceitunas, que una cabra por un queso: el valor de cambio del animal es muy superior al del lácteo. Nuevamente, tal como ocurría en el socratismo, se trata de medir los bienes, de igualar la proporción entre ellos antes de ser intercambiados. El intercambio justo según Aristóteles consiste, pues, en una “reciprocidad de proporción”.

Dicho esto, Meikle devela lo que hay detrás de esta noción de intercambio.

Aristóteles sabía que su teoría del intercambio justo era tan buena como la solución que él [produjera] al problema de la conmensurabilidad. Si no puede decir exactamente cómo productos tan diversos pueden ser conmensurables [es decir, comparables entre sí], entonces no podrá decir que una relación de equidad fija las proporciones entre ellos y, así, su teoría de la equivalencia en el intercambio se colapsaría (p. 19).

Para que un objeto pueda ser intercambiado por otro de naturaleza distinta es menester que sea conmensurable con él.

Aristóteles se pregunta, entonces, ¿en qué orden del ser radica la conmensurabilidad? A la luz de los problemas que implica considerarla un asunto cualitativo, la interrogante se vuelve sobre el tipo de cantidad que el valor de cambio es (una lectura, por cierto, de cuño marxista). En una sola idea: preguntar por el ser de la conmensurabilidad es preguntar por qué tipo de ser tiene el valor de cambio. El valor de uso, efectivamente,

recae en la cualidad. Sin embargo, “el valor de uso y el valor de cambio caen en categorías lógicas diferentes” (p. 24), a pesar de que ambos, necesariamente coexistan en los mismos objetos. La brecha entre uno y otro es la misma que hay entre sustancia y accidente: el valor de cambio es un τί ἔσται. De manera que sólo negando la metafísica aristotélica, y optando por una humeana, se podría explicar el valor de cambio desde el valor de uso.

Meikle apunta que desde *EN* 1133a19 el pensamiento de Aristóteles es vacilante. En su intento por explicar la conmensurabilidad, Aristóteles parece dar tumbos y probar más de una salida. La primera, a través de la noción de ‘dinero’: “sólo porque es una medida común para todo, hace a los productos conmensurables y hace posible igualarlos” (p. 28). La segunda idea afirma que la *χρεία* (necesidad) es el fundamento último de la conmensurabilidad. Al final, un Aristóteles cansado y consciente de que ambas alternativas conducen a no más que callejones, parece desistir diciendo “realmente y en verdad es imposible para cosas tan diferentes volverse conmensurables”². Epistémicamente, al menos, es imposible concebir semejante cosa.

En el segundo capítulo Meikle vuelve sobre el tema de la *χρεία* y las desviadas interpretaciones que la entienden como ‘demanda’. El autor reconoce que la ambigüedad de algunos pasajes en la *Nicomaquea* ha dado pie a considerar al pensamiento económico de Aristóteles como el antecedente remoto de la consideración utilitarista del valor. La noción de *χρεία*, pues, es la piedra angular del capítulo. Meikle coloca sobre la mesa los principales problemas con los que se topa Aristóteles, a saber: i) “explicar la igualación de las proporciones en las que las cosas son intercambiadas”; ii) “explicar la conmensurabilidad que se supone en las equidades”; iii) “explicar la medida y la unidad utilizadas al cuantificar la dimensión conmensurable que es compartida por los productos” y; iv) “explicar la unión de las labores divididas entre asociaciones para el intercambio y entre la asociación de la *polis*” (p. 39). Nuevamente, los comentaristas oscurecen el problema. De ahí que Scott Meikle realice un admirable esfuerzo por cribar las distintas opiniones y asu-

²*EN*. 1133b19-20.

mir una postura más objetiva. Explora las diferentes soluciones —todas ellas abandonadas al final— que el Estagirita emprendió, principalmente, al problema de la conmensurabilidad. El dinero, la *χρεῖα* y, por último, una combinación entr ambas fueron caminos por los que Aristóteles en algún momento se decantó. Sin embargo, Meikle hace ver que, al final del día, se debe asumir el “fracaso” aristotélico para encontrar una respuesta. Sencillamente, Aristóteles nunca dio con una solución para conmensurar lo que él mismo reconoce como inconmensurable. La labor de algunos comentaristas, por ejemplo H. Rackham, es trucada. O bien no han distinguido las preguntas y los problemas que Aristóteles se planteó y han confundido las respuestas; o bien se han obstinado en querer encontrar una *teoría del valor* donde no la hay.

Sólo hay dos posibles bases para buscar una solución al problema del valor económico, uso y trabajo [...] Dado que Aristóteles rechaza la utilidad, y dado que no menciona la noción de trabajo, no puede tener en absoluto una teoría del valor económico.

Meikle desarrolla estas tesis con mayor puntualidad en otros capítulos. El sexto está dedicado a rechazar cualquier lectura utilitarista. Y el noveno, a su vez, bloquea la posibilidad de atribuir una teoría del trabajo a Aristóteles. La metafísica aristotélica (doctrina de la sustancia) y las igualdades económicas admitidas (“5 camas = 1 casa”) son flancos irreconciliables en su pensamiento.

En el capítulo tercero, Meikle atiende a los pasajes económicos de la *Política*. Más en concreto, al tema del intercambio. Meikle hace ver cómo existe una continuidad entre lo dicho en la *Ética Nicomaquea* y la *Política*. Aristóteles parte de la conclusión parcial alcanzada en el libro quinto de su ética: el valor de cambio es una cantidad. Si bien no pudo responder ¿metafísicamente, qué es?, satisfactoriamente concluyó que el valor de uso es distinto del valor de cambio y pertenecen, ambos, a distintas categorías lógicas. Existen cuatro formas de intercambio: i) el trueque; ii) el uso del dinero para adquirir algo; iii) el uso del dinero para generar más dinero (comprar para vender); y iv) la usura. Sin embargo, estas y otras distinciones, penden de la diferencia originaria entre

los valores de uso y cambio; y de la idea de οἰκονομική (administración del hogar). Οἰκονομική tiene el sentido de producción de los medios para la vida. Se administra el hogar para tener suficiencia, ἀυτάρκεις. Por eso a la οἰκονομική pertenece el arte de la adquisición, de granjearse los medios: la χρηματιστικῆ. Pero existen dos tipos de crematística que se distinguen según sus fines: la natural y la artificial. Ambas consisten en una adquisición. Pero “La *chrêmatistikê* natural, o intercambio natural, enfoca el valor de uso o la obtención de cosas útiles. La *chrêmatistikê* innatural, que incluye el comercio (*kapêlikê*), [...] se enfoca al valor de cambio u obtención de dinero”. Aristóteles hace lo mismo con la idea de “riqueza”. La crematística natural ayudará a conseguir la riqueza verdadera (inventario de objetos que son útiles) y la crematística mala conseguirá una riqueza espuria. Lo importante de estas divisiones es el tema del fin, τέλος.

La χρηματιστικῆ artificial no tiene un límite natural; uno puede enriquecerse hasta el cansancio. En cambio, la χρηματιστικῆ natural tiene un fin limitado: la vida buena necesita de un número limitado de bienes; los suficientes. Así, el primer tipo de intercambio, el no monetario, surge por una circunstancia natural en el que una parte tiene escasos bienes y otra muchos. El trueque, empero, no genera riqueza en el sentido de dinero, sino satisface las necesidades humanas. La segunda forma de intercambio, es una consecuencia de la primera. Se trata del intercambio mediado por el dinero. El dinero, explica Aristóteles, es una realidad social que sofistica al trueque. El dinero sirve para el futuro, no para el presente³. No compramos, necesariamente, lo que necesitamos aquí y ahora. El dinero sirve para facilitar un intercambio futuro cuando alguna necesidad apremie. Ahora que, Aristóteles reconoce que el uso natural de algunos objetos no es ser intercambiado. Sin embargo, en este segundo tipo de intercambio, la finalidad sigue siendo satisfacer una necesidad, no enriquecerse con objetos. El fin hace al uso bueno. De ahí que el intercambio mediado por el dinero sea considerado, incluso, como algo natural y no reprochable. En cambio, en el tercer tipo, aunque el uso es el mismo, el fin cambia. Ya no se trata de conseguir la riqueza verdadera,

³ Pol. 1257a32-41.

sino la aparente. Se compra para vender; se utiliza el dinero para generar más dinero. Finalmente, la usura es el peor tipo de intercambio. La *ὀβολοστατική* generar dinero a través de un interés. Lo censurable en esto es, por un lado, que el usurero se enriquece a raíz de la necesidad del otro, el sujeto que tiene dinero produce más a partir del que no tiene; y, por otro, la violación de la finalidad natural del dinero: satisfacer una necesidad.

El capítulo cuarto es una suerte de apología del pensamiento económico de Aristóteles. Meikle afirma que no son pocos los comentaristas que han desacreditado al Estagirita en materia económica. Algunos como M. I. Finley niegan que exista un pensamiento económico en su filosofía. Otros como E. Barker lo consideran una economía neoclásica primitiva. Otros niegan la continuidad entre la *Ética* y la *Política*. Y otro grupo, entre ellos W. D. Ross le han increpado a Aristóteles su hostilidad hacia el comercio. Scott Meikle, en cambio, intenta ampliar el foco. Cae en cuenta de que, la tesis económica fundamental de Aristóteles es la distinción entre valor de uso y valor de cambio. Tesis que pende, en última instancia, de su metafísica aristotélica. Dicho en otros términos, no se puede leer a Aristóteles como quien lee *La riqueza de las naciones*. Las tesis económicas del Filósofo, primero, no están condensadas en un sólo volumen y, segundo, sólo se comprenden cabalmente a la luz de toda su filosofía. En este sentido, las críticas contra la crematística (la “mala”) no son ningún capricho heleno, sino en razón de su fin: “el obtener riqueza como valor de cambio o dinero” (p. 77).

El capítulo quinto trata el tema de la naturaleza y finalidad del dinero. El análisis, ahora, es aporético. Aristóteles se pronuncia en favor de una sola naturaleza: la de medio, no de fin. Critica la producción de objetos para ser intercambiados. Meikle evoca el ejemplo del cuchillo delfico y el del “orfebre que por ahorro hace una escupidera y un candelabro en uno”⁴. El asunto con estos objetos es que están hechos para intercambiarse, para enriquecerse. Y aunque en Atenas no existió una economía de mercado, la producción de objetos, no para satisfacer una necesidad, sino para hacer dinero era común. Los ejemplos de Aristóteles

⁴*De Part. An.* 683a22 ss.

aunque aislados —sospecha Meikle—, parecen revelar una tendencia. Meikle abunda en los problemas que estas consideraciones acarrearán. La distinción entre el intercambio de segundo tipo y del tercero se diluye; parece que Aristóteles sólo está en contra de los comerciantes y no de algún otro arte que utilice el dinero; en algún punto admite que el dinero tiene dos naturalezas (la de medio y la de fin); su postura respecto al comercio marítimo es ambivalente⁵. Al final lo que estos callejones acusan es la incompatibilidad entre economía y ética, entre valor de uso y valor de cambio. En palabras de Meikle, “la visión aristotélica debe ser que la economía es la ciencia del valor de cambio [...] Ética y economía son competidoras sobre la misma base y una puede prosperar sólo a expensa de la otra” (p. 117). Esto muy a pesar de los economistas neoclásicos que insisten en vincular conceptualmente los polos.

En el séptimo capítulo Meikle acomete una empresa más puntual: desentrañar el sentido de la fórmula “como un constructor a un zapatero, tantos zapatos por una casa”⁶. Todo apunta a que los comentaristas han puesto un énfasis excesivo en la dimensión ética de la sentencia y han desatendido su importancia económica. El fragmento pertenece al libro quinto de la *Ética Nicomaquea*, el libro llamado de la justicia. Aristóteles ahí comienza por discernir entre una justicia universal y una particular, la una distributiva, la otra correctiva. Acto seguido se pregunta por la justicia en el intercambio. El yerro de algunos comentaristas ha sido creer que la fórmula y el libro en general versan sobre la inequidad. Sin embargo, más que la equidad, lo importante en la fórmula es el supuesto detrás de ella: la desigualdad entre el constructor y el zapatero. La simpleza del significado de la fórmula sorprende. Lo que Aristóteles intenta decir es que “Los productores ‘desiguales’ son hechos iguales al establecer una igualdad proporcional entre los productos” (p. 149). El intercambio justo es aquél en el que lo recibido por una parte es igual a lo dado por la otra, donde las partes son iguales. La fórmula, quiere decir que la razón de constructor a zapatero debe igualar la razón de casas a zapatos. El

⁵ Pol. 1327a25-31.

⁶ EN 1133a23-5.

problema de nuevo es que no existe aparente solución para conmensurar cada una de las razones.

En el siguiente capítulo Meikle analiza la economía antigua desde los ojos modernistas. La postura sostiene que las leyes económicas son universales. Y la precariedad de las fuentes antiguas es porque la actividad económica era limitada. Sin embargo, existe un hecho inobjetable: Platón y Aristóteles abordaron asuntos económicos. Si bien no se ocuparon de las leyes del mercado o de la actividad económica, si bien es cierto que el valor de cambio no era prioritario y la producción de bienes no generó un intercambio sistemático sino una tradición de autoconsumo; en Grecia existieron formas tempranas de valor de cambio, comercio y dinero. Lo que Meikle intenta decir es que si buscamos una economía, tal como hoy la entendemos, no la encontraremos en el pensamiento clásico. Bajo esos criterios Aristóteles no tuvo un pensamiento económico, porque no pudo, no contaba con las herramientas para desarrollarlo. Y tendríamos que decir, junto con los primitivistas que —a falta de un libre mercado—, los griegos no pudieron desarrollar un pensamiento económico. Ahora que si extendemos la concepción modernista de la economía y concedemos que no todo versa sobre las leyes del mercado, sino que hay asuntos económicos que escapan a las leyes del mercado, entonces, en los filósofos griegos está innegablemente el germen de la ciencia económica.

El libro tiene dos grandes méritos: i) el diálogo con una larga tradición de comentaristas y economistas que han estudiado el pensamiento aristotélico; ii) el análisis de las tesis económicas a la luz del resto de la filosofía de Aristóteles. Scott Meikle exitosamente reconstruye la discusión sobre el pensamiento económico de Aristóteles. Pero, más importante aún, es el respeto con el que se aproxima a los textos antiguos cuidando de no acometer con las agresivas categorías económicas contemporáneas.

Héctor Zagal Arreguín
Universidad Panamericana

